

precios los elogios sinceros que te hicieren, sino para que no te envanezcas con los que, desde á media legua huelen á jabón.

Este vicio de que trato ha sido fruta de todos los tiempos y gustada por muchos de cuantos habitan nuestro mundo. Si hasta el gran Virgilio tuvo á este respecto sus caiditas, y lo digo en este tono por la veneración que profeso al eminente ingenio que tanto bueno dejó escrito.

Si quieres conocer á los hombres y, sobre todo, investigar quiénes son tus verdaderos amigos, dí á cada uno de éstos que te has sacado la lotería ó dales otra noticia que te sea favorable, y obsérvalos en tal momento, la expresión de su rostro. Si al contestarte cada uno de ellos—cuánto me alegro—ves reflejarse en su mirada el regocijo que indican las palabras, ese es tu amigo leal y verdadero; más si nada dicen sus ojos que son espejos del alma, y salen las palabras apenas perceptibles de unos labios contraídos, ese es un falso amigo, un envidioso.

Semillas son las amistades de las que unas salen buenas y otras vanas. Cultiva con esmero las primeras y aparta á las dañosas de tu lado.

En tu largo vivir si aún joven eres, cuídate menos de un baladrón que de un taimado, que aquél, no ha de armarte como éste zancadilla y al suelo vengas. Los individuos de esta especie constituyen en la gran familia social fieras domésticas, cuyo malévoló instinto les descubres cuando ya laceraron tus carnes con sus uñas.

No des ni tomes dinero á logro, si no quieres que, despierto, te punce la conciencia, en el primer caso, ó que te asalten, dormido, los malos sueños y pesadillas, en el segundo.

No permitas que para alivio de sus males te apliquen sanguijuelas, que como se hinchan con la sangre humana, son la causa determinante de la anemia en todo individuo que acude á tal remedio; ni abras en tu heredad agujeros que, siendo cada vez mayores, acabarán por convertirse en hoyancos, tan difíciles de cubrir que harán imposible las labores y, sin éstas, tu hacienda está perdida.

Por tanto, recomiéndote que para cubrir las necesidades de la vida, acudas á la diligencia, al trabajo y á la economía, bien entendi-

do que no has de confundir la economía con la miseria, que es el vicio de todo mentecato, pues se aviene á pasar muy mala vida para acumular tesoros y que, al fin, al abandonar este mundo, deja, como aquél de marras, *enterrada su alma* para que algún avisado disfrute de ella.

Cumple siempre lo que ofreces y nunca ofrezcas lo que no puedes cumplir, defecto social muy común entre nosotros.

Si á pesar de mis consejos, mal te hallares en el mundo por las flaquezas de nuestros prójimos, ármate de paciencia y prosigue el camino de la vida, con paso firme y por buen terreno, para que no caigas en el fangal en que tantos se han precipitado.

AUDACES FORTUNA JUVAT.—Esta es otra máxima de altísima importancia y muy útil para todo aquel que aventura su caudal en una ardua empresa; pero hay muchos que hábilmente la explotan y logran como fantasmas alucinar á la sociedad que al fin les da su pase de hombres grandes. Muchos tipos encontrarás, lector amigo, por esos mundos de Dios, que han sabido encumbrarse merced á una audacia desmesurada que, sin dificultad alguna, triunfa siempre de la candidez columbina de esa misma sociedad; mas si quieres conocerlos á fondo, examina atentamente la causa de su presunción con el mismo cuidado con que aplicas ácido nítrico á una moneda para descubrirle el cobre y aparecerán como son y te dirán lo que valen.

Ya te veo venir, carísimo lector, para decirme que yo también he caído en ese vicio que censuro, pues parece que con mis latines quieres darme una mano de barniz de entendido y sabio; pero antes que me dirijas la palabra, yo me confieso ante tí y manifiesto que no por acudir algunas veces á ciertas frases, expresadas en el bello idioma de Cicerón, me tengo ni quiero que me tengan por latinista, ni mucho menos, no por desprecio al clásico idioma, sino porque desgraciadamente el estudio que de él hice, no me autoriza para adquirir tan honroso título.

Si tu corazón abriga aún odios de partido, yo te ruego que los deseches por las siguientes consideraciones que deben pesar en tu ánimo. Sea la primera, que la Nación tiene necesidad del concurso unánime de todos sus hi-

vivas las frases estampadas, otras, recobro la pluma y prosigo escribiendo.

Indiscreta por demás la sociedad, entregóme muchos de sus secretos, más como no me encargó el sigilo no tengo por qué callar sus poridades.

Tan arbitraria é inconsecuente es, que da títulos á su antojo; tan pronto abate intelgencias como encumbra nulidades. El título que más prodiga es el de filósofo, sin tener en cuenta la genuina significación de la palabra. Filósofo llama al despreocupado; filósofo al sucio y desaliñado; filósofo al que sigue la máxima *del ¿qué dirán y qué se me da á mí?* filósofo al desesperado que pone fin á sus días; filósofo al escritor que se echa á volar por los espacios imaginarios y cuyas fantásticas lucubraciones nadie entiende, y filósofa, en fin, á la tonta que cura males de amor con un vaso de estricnina. Buenos amantes de la sabiduría son todos estos individuos.

¿Cómo quieres, lector amigo, que esté bien con la mayoría de la sociedad, que si eres pobre te desprecia y si rico te adula por delante y te hace trizas por detrás; que muchas veces lanza contra tí una calumnia que circula como un alud, tanto más irresistible cuanto mayor es la deshonra que envuelve; que si eres bueno te llama hipócrita; si honrado tonto, y si afecto á las ciencias, á las letras ó las artes, plagiario?

Ya ves que la envidia y la malevolencia no residen en tí ni en mí; están infiltradas en ella misma.

La difamación causa gozo en las almas enfermas y por tal motivo circula con profusión en esa clase social que se llama vulgo, con el que se identifica el elemento malo de que vengo tratando y esa es la causa, de que no pocos halaguen é ese vulgo dando á la honra, ave delicada, nueva forma, y echándola á volar para que los buitres la devoren.

Desengáñate, lector, el cuerpo social está constituido como el sistema de la numeración decimal: cifras de orden superior á la izquierda de una coma y cifras de orden inferior á la derecha. Las primeras aumentan sucesivamente de valor según el lugar que ocupan, más y más distantes de dicha coma, y las segundas, por el contrario disminuyen en la misma proporción; más como la misma sociedad ha que-

jos á fin de que fructifique la paz; sea la segunda, que la existencia de los partidos políticos no tiene ya razón de ser, puesto que vencido uno, ni puede ni le conviene volver á su vida militante, y cuando, por otra parte, dichos partidos nada se deben, y si se han cometido algunos hechos reprobados por uno, no pueden ser santificados los ejecutados por el otro; así como, por una y otra parte, no han escaseado las buenas acciones.

Si existen propagadores de las ideas liberales y los hay también de las teorías conservadoras, reprochándose unos y otros sus faltas y defectos, con tendencias á la desunión ¿por qué, tú y yo, mi buen lector, no hemos de gozar de igual libertad para difundir nuestras ideas, encaminadas á la concordia de todos los mexicanos, sin excepción, y á hacer efectivo el significado de uno de los colores de nuestro hermoso cuanto querido pabellón? No gasteemos nuestra virilidad en contiendas inútiles; unámonos y seremos fuertes.

La discusión debe existir puesto que son inevitables entre los humanos las opiniones contrarias, más para que aquella sea provechosa debe seguirse por medio del razonamiento y no por el de los insultos y diatribas, pues téngase por cosa cierta, que todo aquél que arguye con injurias, deja viva y triunfante la tesis del contrario.

En tus conversaciones y discursos debes procurar, por tanto, identificar tu voluntad al mecanismo de un reloj bien arreglado; si éste es regulador del tiempo, midiendo con exactitud los minutos y las horas; sé tú, el regulador de tu conducta social, midiendo tus palabras y conceptos.

Si quieres prosperar en la política, sé como muchos, que no tienen ideas fijas y sólo admiten las que les convienen según las circunstancias. Sobre todo estudia bien á Maquiavelo, mas como para seguir tan perniciosa máxima, tienes que echarte á las espaldas tu honradez y tu conciencia, te ruego apartes de tí ese vicio social.

Cuando dejo correr mi pluma para atacar vicios sociales, con frecuencia la abandono, reflexiono y me pregunto: ¿estaré en lo justo ó me habré dejado llevar de un arranque injustificado? Entonces al recordar los hechos observados, tacho lo escrito unas veces, ó dejo

rido que el valor numérico ó pecuniario de los individuos, tenga el mismo significado que valer y estimación, el mérito correlativo de ellos se aprecia por el lugar á la izquierda ó á la derecha del consabido signo ortográfico. Por tal razón, los individuos á quienes su mala suerte ha colocado en la rama descendente, tanto disminuyen de importancia, á medida que más se retiran de la coma, que del tercer lugar en adelante sus valores, en los cálculos sociales como en los aritméticos, se desprecian, porque todos juntos no llegan á un centavo; por el contrario, los de la rama ascendente, van ganando en importancia, representación y talento, en proporción á su alejamiento de la coma, llegando á la cúspide de la felicidad, los que han pasado al séptimo lugar, pues han alcanzado el de los millones. Muchos de esta rama superior descienden con rapidez á la inferior, á causa de las dilapidaciones á que los arrastran sus vicios. Triste situación la de aquellos que así reducen el capital á las últimas fracciones decimales!

Por el contrario no faltan algunos que de la inferior saltan á la superior, debido á su trabajo, á su economía ó á la suerte.

En la mencionada rama de los grandes valores, distingúense las familias, unas por su honorabilidad y su amor al bien general, resultantes de su buena educación, de abolengo transmitida, y de sus virtudes cristianas y otras, por su soberbia, su desprecio al pobre y su falta de caridad. Los que así proceden han de tener presente que esas dos ramas del sistema social son las de un elipse, ambas sujetas por igual, á dos puntos fijos, conforme á la ley de su común destino. Esos dos puntos por la misma ley, se hallan equidistantes de los ápsides de la elipse, hallándose el primero en la Tierra y el segundo en el otro Mundo, donde no hay arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda, sino brillando en el cielo el signo de la igualdad y de la justicia.

A muchas consideraciones se presta la discusión de la elipse, por las que acuden á la mente nuevas ideas, pero que ya forman un laberinto del que difícilmente se sale.

Tanto por esta razón, como por las que en seguida te expreso, amable lector, conviene abandonar la discusión de la elipse en el punto en que la dejamos:

1.^a Por que esas ideas, filosóficamente enmarañadas, ni yo, siendo su padre, las entendiera.

2.^a Por que es muy fácil pasar de las ideas razonables á las de la locura, como les acontece á los que quieren ir más allá de lo que ven sus ojos.

3.^a Por que estoy muy bien hallado en mi casa y no quiero hospedaje en San Hipólito.

En resumidas cuentas, lector amado, te doy un consejo que me sujere la experiencia: no te envanezcas con los aplausos del mundo, ni te des á la pena por su desden é indiferencia; sé bueno, cortés y honrado por tu propia satisfacción y tranquilidad de tu conciencia.

Si encuentras lo que leyeres ajustado á la verdad y de acuerdo con tus sanas intenciones, me holgaré de ello, y no te importe lo que de nosotros digan los intransigentes, aun cuando nos abrumen con sus dictérios, que al fin, *el buen callar se pierde.*

* * *

En los siguientes artículos verás, carísimo lector, cuadros de costumbres nacionales que precedieron al actual orden social, y podrás observar mediante la justa comparación con los que al presente se desarrollan, lo que la sociedad ha perdido y lo que ha ganado: ha perdido, casi en su totalidad, su genuina y nacional fisonomía, trocada por la de caracteres extraños de servil imitación; ha ganado el don inestimable de la paz, debido á la discreta y prudente administración del General Díaz, paz bendita de que recogerá ópimos frutos la sociedad, si sabe aprovecharse de ella. Como reminiscencia de lo asentado al principio de este artículo, debo decir: el gobernante, con su ímprobo trabajo, abrió el hermoso canal por el que dió libre curso á la corriente civilizadora de la nación; á ésta toca no estancarla ni derramarla inútilmente en vez de fecundar los campos de la producción. Para lograr tan apetecido fin, hay que desterrar males inveterados. Esos males son: la inmoralidad, hija del indiferentismo, que cada vez adquiere mayores creces; el sentimiento disolvente, engendrado por los odios políticos entre los miembros de una misma familia, y el desequilibrio existente en las diversas clases sociales, no en lo que atañe

á los bienes de fortuna, sino en lo que concierne á dos factores contrapuestos, como son la ilustración y la ignorancia, á los que debe agregarse, como un mal, la inercia de la población indígena. Ese desequilibrio de que trato, existe en todas las naciones, pero la proporción de tales elementos no es la misma: en unas la ilustración se alza muy alta y dominante sobre la ignorancia, contraponiéndose á los efectos de ésta, y, en otras, acontece lo contrario. Por tanto, debe procurarse que las clases inferiores,

por medio de la educación moral y de la instrucción, asimilen sus costumbres á las de las clases superiores, objeto que no se logra, ciertamente, conduciendo al pueblo por caminos torcidos y escabrosos, en los que no puede rendirse la jornada, ni por laberintos en que tantos se han perdido. La prudencia aconseja que las sociedades, para constituir agrupaciones fuertes y vigorosas, deben entrar, de lleno, en el recto y amplio camino trazado por la moralidad, la instrucción, el civismo y el trabajo.



II

TRIBULACIONES DE UN REGIDOR DE ANTAÑO.

BO que voy á contarte, querido lector, no se refiere á los tiempos que corren, razón por la cual, buen cuidado he tenido de estampar en el título de este artículo un adverbio de tiempo y pasado en su más extensa acepción, pues has de saber que huyo siempre de las alusiones, y si alguna similitud se encuentra entre los ediles de antaño y los de hoy, la culpa no es mía sino del que trate de avenir á unos y á otros el mismo saco; y así protesto, una y mil veces, que mi relación pertenece á la historia antigua y no á la moderna.

* * *

Allá por el año de 18 hallábame levantado muy de mañana, cierto día, cuya precisa fecha no hace al caso, cuando sonó la campanilla en el patio de mi casa anunciando la

llegada de algún importuno. Un ligero temor, ó si se quiere, sobresalto, embargó de pronto mi corazón, cobarde hasta el extremo ante la presencia de un recaudador de contribuciones que, en la época á que me refiero, causaba el mismo espanto que un alguacil del Santo Oficio en los famosos tiempos del gran Felipe II. A poco el criado devolvió á mi ánimo la tranquilidad, presentándome un gran pliego cerrado, el cual pura y sencillamente anunciaba que mi humilde persona había caído en gracia á los electores y habíanme honrado con el nombramiento de Regidor del Ilustre Ayuntamiento que debía gobernar á esta buena ciudad de México en el año del Señor, que no he querido precisar.

Yo, que aún conservaba en mi espíritu las ilusiones de la vida en toda su pureza, y que